

LA RECOLETA

La historia se mezcla y confunde con la tradición de tal manera que todo queda con olor a leyenda. Se sabe que los terrenos de la actual Recoleta tocaron en suerte a uno de los fundadores de la ciudad, quien a los pocos años los cambió por una capa en buen uso, un par de calzones bordados y alguna otra prenda de vestir. Buenos Aires, pobrísima, carecía de dinero y se efectuaban trueques fantásticos. Cuando esos terrenos volvieron a venderse se cambiaron por una viña calculada en tres mil cepas. El tercero o el cuarto de los propietarios de dichos terrenos fue un capitán de coraceros llamado Juan de Valdéz, quien estando aquí recibió la noticia de que su madre, en gravísimo estado de salud, pedía por él desde España. Un viaje a la Península, si se encontraba navío, demoraba varios meses contando con vientos que soplaran a favor y no se tropezara con alguna "calma chicha". Valdéz ofreció antes de embarcarse, donar los terrenos de que era propietario y edificar en ellos un templo en honor de la Virgen del Pilar, a la que encomendó la mejoría de su madre. El capitán halló a su progenitora muy mejorada cuando medio año después la vio, y al regresar a Buenos Aires dio cumplimiento a su promesa. Donó el terreno, y con alguna parte de su dinero y otras donaciones de los fieles, los padres franciscanos iniciaron el nuevo templo, según los planos del jesuita Andrés Bianqui, secundado por el constructor Narvona. El templo se construyó exteriormente de orden dórico, llamando mucho la atención, principalmente por su cúpula, en forma de campana revestida de lozas traídas de España. El interior fue adornándose con imágenes y cuadros de valor. El altar, llamado de las reliquias, mandado construir por fray Francisco de Altolaquirre, tenía el frontal de plata maciza, esculpida a martillo...

LOS FRAILES RECOLETOS

Los frailes recoletos constituyeron una de las corporaciones más estimadas en el Río de la Plata. Vestían un hábito parecido al de los franciscanos, pero de color azul. Sobre los terrenos del capitán Valdéz llegaron a poseer el templo, el convento y la huerta. La comunidad fue extinguida en 1822, desalojándose el convento el día de Navidad de ese año, permitiéndose la permanencia en los claustros de un capellán medio

inválido y un hermano lego que lo auxiliaba. La resolución gubernativa fue tomada por el Ministro Rivadavia. En la casa del convento se estableció un asilo para ancianos indigentes: la iglesia quedó como estaba y la huerta se destinó a enterratorio público, prohibiéndose sepultar cadáveres en las iglesias y sus atrios. En la quinta colindante se estableció, en agosto de 1823, la Escuela de Agricultura, que luego suprimió el gobernador Dorrego con el propósito de ampliar el cementerio. En el ex-convento además de asilo funcionó la Escuela de Dibujo que dirigió el barullero Padre Castañeda, y en distintas ocasiones y momentos de apuro, el caserón fue destinado a cuartel para tropas, lo que motivó la desaparición de puertas y ventanas labradas de mucho mérito artístico.

Autores de épocas distintas aseguran que en la huerta y jardín de los recoletos podía admirarse cantidad de naranjos, cipreses y álamos, que lo alegraban, y en los espacios destinados a las verduras, rivalizaban los frailes con el agrónomo don Martín José de Altolaquirre, en cuya finca cercana ensayó cultivos exóticos. Porque éste Altolaquirre, es el que ha pasado a la historia de Buenos Aires por amigo de Belgrano, cultivando ambos, cáñamo y lino entre otras plantas de utilidad y adorno, con semillas que trajo de Europa el futuro vencedor de Tucumán y Salta.

LAS FIESTAS TRADICIONALES

Hasta bien entrado el último cuarto de siglo XIX fueron renombradas las "fiestas de la Recoleta". Comenzaban el día 12 de octubre en conmemoración de la Virgen patrona y duraban una semana que algún año resultó de diez o doce días largos. Según las anotaciones de Wilde, las familias concurrían durante las horas de sol, y por la noche tocábale el turno a las mujeres de servicio, "la mulatería", primando entre los varones el compadraje suburbano, que armaba bailes "con alguno que otro barullo como accesorio indispensable" para tarea de la policía y amenidad de los recuerdos. Cuando los escándalos llamaron excesivamente la atención, se prohibieron las fiestas, la venta de rosquillas y alfeñiques, los bailes y los cantos. Así ocurrió durante la tiranía rosista. Después volvieron, pero ya atemperadas en buena porción.

LA RECOLETA

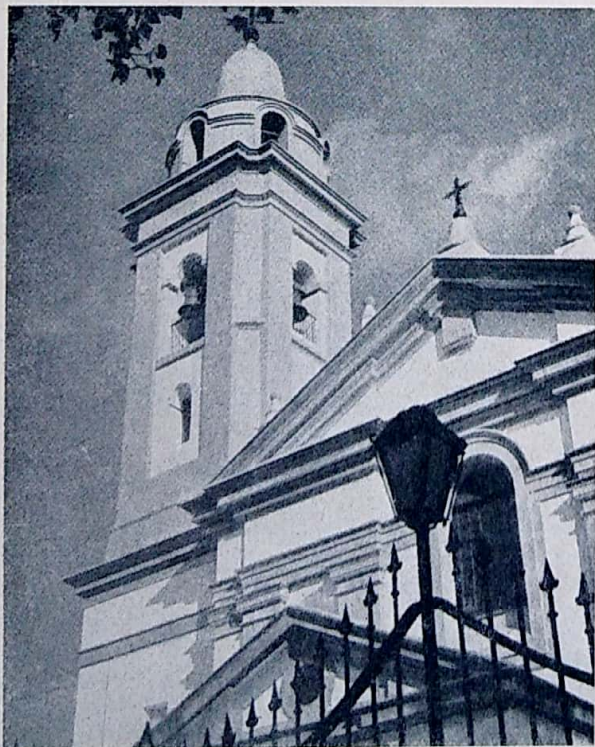
LA INTENDENCIA DE ALVEAR

Debe Buenos Aires a su alcalde mayor don Torcuato de Alvear el embellecimiento y grandeza de todo el barrio norte y especialmente de la Recoleta y sus jardines.

La llamada Calle Larga era "triste y lóbrega", angostada por "los cercos vivos" y reducida exclusivamente a la "conducción de los muertos". Terminaba directamente en la puerta del Cementerio y de noche metía miedo. No era menormente pavorosa la impresión que podía causar aquella calle en pleno día, "ver los carruajes dando tumbos sobre aquel pésimo empedrado", de manera que parecían "buques azotados en el mar". Según don Santiago Calzadilla, los que no conocieron "aquel triste callejón" no pueden apreciar la diferencia que media entre la Calle Larga y la Avenida República (hoy Quintana), así como la Avenida Alvear, abierta paralelamente a través de las quintas de Whilfield, de Cazón, de Armstrong y otras. Todo aquel barrio estaba compuesto por quintones de tres, cuatro y hasta ocho manzanas, con casas perdidas en su interior tapado por los árboles. La calle Callao estaba cerrada por la casa de Borbón, pintada de amarillo, y un fondin italiano, en el bajo, con el nombre pésimo de "El pobre diablo" y una fama popular más pésima aún.

Fue don Torcuato el que se empeñó personalmente con propietarios y arrendatarios para hacerles comprender la conveniencia de dividir aquellos quintones y venderlos con el fin de que se construyeran casas de familia. Por él se abrió Callao hacia el norte y se trazaron las avenidas susodichas. El tranvía a caballo hizo lo demás: el barrio se pobló, los edificios resultaron espléndidos, Palermo adquirió categoría de paseo hermoso y limpio, y la Recoleta perdió parte de su tétrico aspecto de cementerio olvidado, embarrado y sin luz.

Detalle de la fachada principal



Vista de templo y cementerio contiguo, acuarela de Carlos E. Pellegrini (1832). Col. Alejo B. González Garaño

DIVERSOS EPISODIOS

Muchos y muy variados episodios se anotan en la historia de la Recoleta. Uno es el de la bóveda de Quiroga. Una hija de Facundo casó con el señor Demarchi, italiano, que en uno de sus viajes a Europa reencontró a un condiscípulo dedicado a la escultura, quien le obsequió una estatua de mármol aplicable al panteón de la familia de su esposa en la Recoleta. La "Dolorosa" de Tantardini fue colocada en el centro de dicho panteón con unas leyendas alusivas al héroe riogano. Una tarde aparecieron unos cuantos jóvenes estudiantes, enlazaron la estatua y comenzaron a tirar del lazo con ánimo de arrancarla de su pedestal. Los guardianes malograron el intento, pero la familia Demarchi mandó borrar las leyendas en que se mencionaba al "Tigre de los Llanos", quedando anónima la sepultura durante muchos largos años.

Otro episodio es el del presbítero Agüero, que motivó una resolución del presidente Mitre que dio fin a una costumbre antipática. No podían sepultarse en los cementerios argentinos a los suicidas, a los masones y a los que hubiesen pertenecido a religiones que no fueran la católica. Mitre y su ministro Eduardo Costa dieron un decreto por el cual se debían recibir y sepultar en los cementerios públicos todos los muertos sin averiguación de nacionalidad, religión o creencias. Desde entonces —dijo el mismo Mitre recapitulando su acción de gobernante— "todos tienen el derecho de dormir el sueño eterno al lado de sus semejantes".

Iglesia Del Pilar (1870). Col. Alejo B. González Garaño



